y se les otorgará un premio, reservándose el grupo el derecho de darlos a la publicidad, bien por la prensa o editando un folleto.

Ya lo saben, pues, todos los amantes de la educación que se sientan con suficiente capacidad para desarrollar y concretar los diferentes aspectos que atañen a la satisfacción de los padres esclarecidos y al porvenir de los pequeños, bien educados e instruídos.

En otro número se dará cuenta de las bases del concurso y de los premios que se establezcan.

# CONTRADICCIONES

Que el proletariado, el cual tiene que hacer su revolución y espera su hora —¿la esperará aun mucho tiempo?—no haga denuestado caso de los individuos más notorios, ni siquiera de aquellos cuya sinceridad y desinterés le constan desde hace mucho tiempo. En fuerza de combatir nos gastamos, y en una revolución se necesitan energías nuevas; así también, en fuerza de mezclarnos con otros individuos, acabamos por vernos atados por relaciones de benevolencia o contraterciedad que debilitan los impulsos más generosos y ponen sordina a los rugidos. Se es hombre ¡que diablo! cuando se necesitaría ser superhombre. ¿Cómo hacer para que los más notorios se encuentren siempre acorazados contra toda debilidad...?

CARLOS MALATO

Revista *Il Pensiero*, Roma, marzo 1913.

*Las palabras de Malato nos dispensarán la, digamos «irreverencia» del atrevimiento, al poner de manifiesto diferencias de actitud que creemos haber observado en la propaganda de alguno de los nuestros más significados. Con este a modo de beneplácito suyo reproducimos a continuación el manifiesto que con motivo de la guerra europea publicaron algunos teóricos del anarquismo, para que nuestros lectores tengan conocimiento exacto de él, así como el criterio sustentado años atrás por algunos de los firmantes ante la posibilidad de un conflicto armado entre las naciones. De este modo el lector tendrá los datos necesarios para formar juicio y poder determinar la actitud que tenga por más conveniente adoptar en el actual conflicto. En la revista* Renovación, *de los camaradas de Gijón, así como en números anteriores de nuestro semanario, el lector puede leer opiniones actuales de Guillaume, Grave, Cornelissen, Kropotkin, etc., para mayor ilustración de la tesis debatida.*

## DECLARACIÓN

De distintos lados álzanse voces para pedir la paz inmediata.—«¡Basta de sangre derramada, basta de destrucción!», se dice.—«¡Es necesario acabar con esto de una forma o de otra!»

Más que nadie, y desde hace mucho tiempo, hemos luchado en nuestros periódicos contra las guerras de opresión entre los pueblos y contra el militarismo, sea cual fuere el capacete que lo cubra, imperial o republicano. Por eso nos sentiríamos satisfechos si viésemos discutidas las condiciones de la paz—a ser esto posible—por los trabajadores europeos, reunidos en un Congreso internacional. Tanto más que el pueblo alemán, si se dejó engañar en agosto de 1914 y si creyó realmente que lo movilizaban para la defensa de su territorio, ha tenido tiempo de convencerse de que lo engañaron para lanzarlo en una guerra de conquista.

En efecto, los trabajadores alemanes, por lo menos sus agrupaciones más o menos avanzadas, deben comprender ahora que los planes de invasión de Francia, Bélgica y Rusia habían sido preparados de larga fecha, y que si esta guerra no estalló en 1875, en 1886, en 1901 o en 1913, fué porque las relaciones internacionales no se presentaban entonces bajo un aspecto bastante favorable ni los preparativos militares eran suficientes a prometer la victoria a Alemania (terminación de líneas estratégicas, ampliación del canal de Kiel, perfeccionamiento de los grandes cañones de sitio).

Y ahora, después de veinte meses de guerra y de espantosas pérdidas, habrán advertido que las conquistas hechas por los ejércitos alemanes no podrán ser mantenidas. Mucho menos, por cuanto sería preciso reconocer el principio (admitido ya por Francia en 1859, después de la derrota de Austria) de que es la población de cada territorio la que debe exponer si le conviene o no el ser anexionada.

Si los trabajadores alemanes comenzasen a comprender la situación como nosotros la comprendemos, y como ya la comprende una escasa minoría de los social-demócratas—y si ellos pudiesen hacer oír de sus gobernantes—, entonces habría lugar para un principio de discusión relativa a la paz.

Pero, entonces, los trabajadores alemanes deberían declarar que se niegan en absoluto a realizar anexiones o a aprobarlas; que renuncian a la pretensión de imponer contribuciones a las naciones invadidas; que reconocen el deber del Estado alemán de remediar, tanto como sea posible, los destrozos materiales causados por los invasores en los países vecinos, y que no pretenden imponer a éstos condiciones de sujeción económica bajo el nombre de tratados comerciales.

Desgraciadamente, no se han visto, hasta ahora, síntomas del despertar del pueblo alemán en tal sentido. Hablóse de la conferencia de Zimmerwald; pero faltó a dicha conferencia lo esencial: la representación de los trabajadores alemanes. También se ha dado mucha importancia a algunos tumultos producidos en Alemania por consecuencia de la carestía de los víveres. Mas olvidase que esos hechos se verificaron siempre en todas las grandes guerras, sin influir en su duración. Por eso todas las disposiciones tomadas por el Gobierno alemán en este momento demuestran que se prepara para realizar nuevas agresiones en la próxima primavera.

Y como el Gobierno alemán sabe que para la primavera los aliados le opondrán nuevos ejércitos, disponiendo también de nuevo material y de una artillería mucho más poderosa que la hasta ahora empleada trabaja activamente para sembrar la discordia en el seno de los países enemigos, y emplea, para ello, un medio tan viejo como la propia guerra, que es el de esparcir noticias de una paz próxima, a la cual, entre los adversarios, soíamente los militares y los abastecedores de los ejércitos se opondrían. Esto fué lo que hizo von Bülow durante su última estancia en Suiza.

Mas, ¿bajo qué condiciones formula éste sus conclusiones acerca de la paz?

La *New Zurchez Zeitung* cree saber—y el órgano oficial *Norddeutsche Zeitung* no lo ha desmentido—que la mayor parte de Bélgica sería evacuada, pero con la condición de dar garantías de no repetir lo que hizo en agosto de 1914, cuando se opuso al paso de las tropas alemanas. ¿Qué garantías serían esas? ¿Las minas de carbón belgas? ¿El Congo? No lo dicen. Pero piden ya una fuerte contribución anual. El territorio conquistado en Francia sería restituído, así como la parte de Alsacia-Lorena donde se habla francés. A cambio, Francia cedería al Estado alemán todos los empréstitos rusos. Esto significa una contribución de diez y ocho mil millones que el Gobierno francés lanzaría sobre el pueblo, ya que los trabajadores vienen a ser, en último término, quienes pagan los impuestos. ¡Diez y ocho mil millones por rescatar diez departamentos que, por su esfuerzo, aquéllos habían hecho ricos y prósperos y que habrían de serles devueltos arruinados y devastados!

En cuanto a saber lo que se piensa en Alemania de las condiciones de paz, una cosa es cierta: la prensa burguesa prepara a la nación para la idea de anexionarse Bélgica y los departamentos del Norte de Francia. Y en Alemania no hay una fuerza capaz de oponérsele. Los trabajadores, que deberían levantar su voz contra las conquistas, no la hacen. Los obreros sindicados se dejan arrastrar por la fiebre imperialista, y el partido social-demócrata, raquítico por demás para ejercer influencia en las decisiones gubernamentales acerca de la paz, se halla dividido en dos partidos hostiles, y la mayoría está del lado del Gobierno.

El Imperio alemán, sabiendo que sus ejércitos están desde hace dieciocho meses a 90 kilómetros de París, y *apoyado por el pueblo alemán en sus sueños de nuevas conquistas*, no quiere dejar de aprovecharse de las ya hechas. Se cree con la fuerza precisa para dictar las condiciones de paz, que le permitirían emplear las enormes contribuciones de guerra en nuevos armamentos para atacar a Francia cuando mejor le pareciese y arrebatarle sus colonias, así como otras provincias, de forma que jamás pudiese constituir un peligro para su existencia.

Hablar de paz en estos momentos es hacer precisamente el juego del partido ministerial alemán, de Bülow y de sus agentes.

Por nuestra parte no compartimos las ilusiones de algunos de nuestros camaradas sobre las disposiciones pacíficas de quienes dirigen los destinos de Alemania. Preferimos ver el peligro de frente y luchar lo que sea preciso para hacerlo abortar. Desconocer ese peligro sería aumentarlo.

En lo más profundo de nuestra conciencia, la agresión alemana constituía una amenaza—puesta en ejecución—no sólo contra nuestras esperanzas de emancipación, sino contra toda la evolución humana. Fué por esto por lo que nosotros, anarquistas; nosotros, antimilitaristas; nosotros, enemigos de la guerra; nosotros, partidarios ardientes de la paz y la fraternidad de los pueblos, nos hemos puesto al lado de la resistencia, y por lo que entendemos no deber separar nuestra suerte de la que hayan de correr los pueblos invadidos.

No juzgamos necesario insistir en que habríamos preferido ver a esos pueblos tomar en sus propias manos los cuidados de la defensa. No habiendo sido esto posible, no quedaba sino soportar lo que no podía cambiarse. Y con los que luchan, entendemos que, a menos, que el pueblo alemán torne a manifestar nociones más sanas de la justicia y del derecho, negándose a servir por más tiempo de instrumento a los proyectos de dominio de la política pangermanista, no se puede tratar de paz.

Sin embargo, a pesar de la guerra, a pesar de las matanzas, no olvidamos que somos internacionalistas, que queremos la unión entre los pueblos, la desaparición de las fronteras. Y es porque nosotros queremos la reconciliación de los pueblos, sin olvidar al alemán, por lo que pensamos ser necesario resistir a un agresor que representa el aniquilamiento de todas nuestras esperanzas de emancipación.

Hablar de paz, en tanto el partido que durante 45 años hizo de Europa un vasto campo atrincherado, pueda dictar las condiciones, sería el más desastroso yerro que pudiera cometerse. Resistir y hacer abortar sus planes, es preparar el camino a aquella parte del pueblo alemán que se ha conservado sana, es darle los medios de libertarse del partido imperialista.

Que nuestros camaradas alemanes comprendan que esta es la única determinación ventajosa para todos, y nosotros estamos prontos a colaborar con ellos.

28 de febrero de 1916.

*Christian Cornelissen, Henri Fuss, Jean Grave, Jacques Guérin, Hussein Bey, P. Kropotkine, A. Laisant, F. Le Leve (Lorient), Charles Malato, Jules Moineau (Liége), Ant. Orfila (Argelia), M. Pierrot, Paul Reclús, Richard (Argelia), S. Sckikava (Japón), W. Tcherkesoff.*

⁂

Quien dice «Estado» dice necesariamente «guerra». El Estado procura y debe procurar ser fuerte, más fuerte que sus vecinos; de lo contrario sería un juguete en sus manos. Forzosamente procura debilitar y empobrecer a los demás Estados para imponerles su ley, su política, sus tratados de comercio, para enriquecerse a sus expensas. La lucha por la preponderancia, que es la base de la organización económica burguesa, es también la base de la organización política. Por esto la guerra se ha convertido en condición normal de Europa. Guerras pruso-danesa, pruso-austriaca, franco-prusiana, guerra de Oriente, guerra en el Afghanistan, sucediéndose sin interrupción. Se preparan nuevas guerras: Rusia, Inglaterra, Prusia y Dinamarca están dispuestas a desencadenar sus ejércitos y dentro de poco llegarán a las manos. Tenemos causas de guerra para treinta años... (pág. 14).

No, mil veces no. El Estado es la protección de la explotación, de la especulación, de la propiedad privada, producto de la expoliación. El proletariado, que no posee más que sus brazos, nada tiene que esperar del Estado. En él no encontrará mas que una organización para impedir a toda costa su emancipación.

Todo para el propietario ocioso, todo contra el proletario trabajador: la instrucción burguesa que corrompe al niño desde su más tierna infancia inculcándole los prejuicios anti-igualitarios; la iglesia que perturba el cerebro de la mujer; la ley que impide el cambio de ideas de solidaridad y de igualdad; el dinero para corromper, si es necesario, al apóstol de la solidaridad de los trabajadores; la prisión y la metralla a discreción para cerrar la boca a los que no se dejan corromper. He aquí el Estado... (p. 14-15).

Hay épocas en la vida de la humanidad en que la necesidad de una sacudida formidable, de un cataclismo que remueva la sociedad hasta en sus entrañas, se impone bajo todos sus aspectos. En estas épocas, todo hombre de corazón comienza a decirse que las cosas no pueden seguir por más tiempo así, que es preciso que ocurran grandes acontecimientos, que rompan bruscamente el hilo de la historia, que arrojen la humanidad fuera del cauce estrecho en que se revuelve y la lancen por nuevos caminos, hacia lo desconocido, en busca del ideal. Se siente la necesidad de una revolución inmensa, implacable, que venga no tan sólo a trastornar el régimen económico basado en la fría explotación, la especulación y el fraude, no solamente derribar la escala política basada en el dominio de unos pocos por la astucia, la intriga y la mentira, sino también remover la sociedad en su vida intelectual y moral, que sacuda el letargo, que rehaga las costumbres, que lleve al seno de las pasiones viles y mezquinas del momento el soplo vivificante de las pasiones nobles, de los grandes impulsos, de los generosos sacrificios.. (p. 17-18).

El espectáculo que en estos momentos ofrece Europa es bien triste, pero muy edificante De una parte, un vaivén de diplomáticos y de corredores que aumenta de número tan pronto como se siente el olor de la pólvora sobre el viejo continente. Se hacen alianzas y más alianzas; se comercia, se vende el ganado humano para asegurarse aliados. «Tantos millones de cabezas que nuestra casa garantiza a la vuestra, tantas hectáreas para apacentarlas, tales puertos para exportar su lana». A quien mejor sepa engañar al vecino en este mercado. En el argot político esto se llama diplomacia.

Por otra parte, armamentos inacabables. Cada día nos aporta nuevos inventos para exterminar mejor a nuestros semejantes, nuevos gastos, nuevos empréstitos, nuevos impuestos. Chillar patriotismo, extremarlo, azuzar los odios internacionales, es oficio lucrativo en política y en la prensa. Ni la infancia se ahorra: se forma con ella batallones y se la educa en el odio al prusiano, al inglés o al italiano; se le enseña o obedecer ciegamente a los gobiernos del momento, sean azules, blancos o negros. Y cuando lleguen a los veinte años, se les cargará, como si fuesen bestias de carga, de cartuchos, provisiones y demás enseres, se les pondrá un fusil en la mano y se les enseñará a marchar al son del clarín, para que se maten mútuamente, sin preguntarse por qué, ni con qué fin. Que ante ellos tengan muertos de hambre alemanes o italianos, o bien a sus propios hermanos amotinados por el hambre, poco importará, el clarín les ordenará matar.

¡He aquí a donde nos conduce toda la sabiduría de nuestros gobernantes! ¡He aquí todo lo que saben darnos por ideal, y esto en una época en que los miserables de todos los países se tienden la mano a través de las fronteras!

«¡Ah! ¿no habéis querido el socialismo? Pues bien, tendréis la guerra, una guerra de treinta, de cincuenta años», decía Herzeu en 1848. Y la tenemos. Si el cañón cesa de tronar un instante, es para tomar aliento, es para recomenzar con mayor brío, mientras la guerra europea—la guerra general de los pueblos—nos está amenazando hace ya diez años, sin saber por qué nos batiremos ni con quién, ni contra quién, ni en nombre de qué principios ni de qué intereses.

Antaño, cuando había guerra, se sabía por lo menos por qué se hacía matar uno. «Tal rey ha ofendido al nuestro, vamos a degollar a sus súbditos.» «¿Tal emperador quiere arrebatar al nuestro una provincia? Muramos, pues, para conservarla a Su Muy Cristiana Majestad.» Nos batíamos por rivalidades de reyes. Era bestial, y por esto los reyes no podían alistar más que unos cuantos millares de hombres. ¿Pero por qué diablos hoy van a lanzarse unos contra otros pueblos enteros?

Actualmente los reyes entran por poco en las cuestiones de guerra. Victoria no se pone seria por los insultos que Francia le prodigue; para vengarla no se moverán los ingleses, y sin embargo, ¿podéis afirmar que dentro de dos años no se degollarán ingleses y franceses por la supremacía en Egipto? Lo mismo en Oriente. Por autócrata y malo que sea y por gran personaje que se imagine ser, el Alejandro de todas las Rusias se tragará todas las insolencias de los Andrassy y de los Salisbury sin moverse de su palacio de Gatchina mientras los hacendistas de Petersburgo y los fabricantes de Moscou—estos son los que hoy se llaman «patriotas»—no le intimen la orden de poner en movimiento sus ejércitos.

Y es porque en Rusia, como en Inglaterra o en Alemania o en Francia, no se baten ya los hombres por la bonita cara de los reyes; se baten por la integridad de la renta y por el acrecentamiento de las tiquezas de los muy poderosos señores Rothschild, Schneider y Compañía de Auzin, para que engorden los barones de la alta banca y de la industria.

A las rivalidades de los reyes han venido a substituirse las rivalidades entre sociedades burguesas.

En efecto, aún se habla de «preponderancia política». Pero traducid esta entidad metafísica en hechos materiales, examinad, por ejemplo, como se manifiesta en estos momentos la preponderancia política de Alemania, y veréis que se trata simplemente de *preponderancia económica* sobre los mercados internacionales. Lo que Alemania, Francia, Rusia, Inglaterra, Austria, procuran conquistar en estos momentos, no es el dominio militar, es el dominio económico. Es el derecho de imponer sus mercancías y sus tarifas aduaneras a sus vecinos; el derecho de explotar pueblos de industria atrasada; el privilegio de construir ferrocarriles allí donde no los hay y con este pretexto adueñarse de los mercados; el derecho, en fin, de arrebatar al vecino un día un puerto para activar su comercio, mañana una provincia para verter en ella el sobrante de producción.

Cuando hoy nos batimos es para asegurar a nuestros grandes industriales un beneficio de un 30 %, a los barones de la hacienda el dominio de la Bolsa, a los accionistas de minas y de ferrocarriles rentas de cien mil francos. Tanto es así, que, si quisiéramos ser consecuentes, sustituiríamos las águilas de nuestras banderas por un saco de libras esterlinas, y cambiaríamos los nombres de los regimientos, antaño sacados de los nombres de los príncipes de la sangre, por los de los príncipes de la industria y de la banca: «tercero Schneider, décimo de Auzin, sexto Rotschild, etcétera.» Así sabríamos por lo menos por quién nos degollamos.

Abrir nuevos mercados, imponer las mercancías, buenas o malas, he aquí el fondo de toda la política actual, europea y continental, la verdadera causa de las guerras del siglo diez y nueve.

En el siglo pasado fué Inglaterra la primera a inaugurar el gran sistema de la industria para la exportación. Aglomeró sus proletarios en las ciudades, les unció a máquinas perfeccionadas, centuplicó la producción, y comenzó a acumular en sus almacenes montañas de productos. Pero éstos no eran destinados para los que los fabricaban.. Los buques ingleses los llevaban al Asia, a Oceanía, a América, seguros de no encontrar competidores...

Pero ya a finales del siglo pasado, Francia comenzó a hacer igual evolución. También se organizó para producir en grande, con vistas a la exportación...

Una nueva nación, en efecto, Alemania, introdujo en su casa el mismo régimen económico. Ella también despobló sus campos y amontonó hambrientos en las ciudades.. ella también comienza a producir para la exportación...

La guerra de 1870 fué la consecuencia. Francia no domina ya los mercados. Alemania es la que procura dominarlos... (p. 73-83).

No habéis querido el socialismo y tendréis la guerra... La tendriais durante treinta años si la Revolución no viniese a poner fin a esta situación tan absurda como innoble. Pero sepamos bien una cosa. Arbitraje, equilibrio, supresión de los ejércitos permanentes, desarme, todo esto son bellos sueños, pero sin ningún alcance práctico No hay más que la Revolución que pueda poner fin a la guerra por los mercados, después de haberse adueñado de los instrumentos del trabajo, de la primera materia y de la riqueza social, poniéndolas en manos del productor, y de reorganizar toda la producción de modo que satisfaga las necesidades de los productores... (página 85 de la edición francesa).

PEDRO KROPOTKINE

(De *Paroles d'un révolté*. 1886).

⁂

Fuí diputado en 1876, después de la guerra... En presencia de las traiciones, de los negocios sucios, de las cobardías, de las palinodias, de las mentiras, de la violación de las promesas, de la ignominia parlamentaria, ostentado todo en pleno día, tuve que reconocer que el pueblo no tenía en este ambiente ni representantes ni defensores, salvo raríssimas excepciones, y que la burguesía directora y poseedora era la única que allí tenía agentes activos; entonces burguesía republicana, imperialista la víspera, realista anteriormente, pero siempre idéntica a sí misma: enemiga del pueblo, despreciándole, oprimiéndole, explotándole y dispuesta a dificultarle toda reforma social. . .

. . . . . .

El estudio de la historia, a pesar de las oscuridades sin número y las mentiras sistemáticamente amontonadas, permite verificar, por el desarrollo de las consecuencias, las conjeturas hacia las cuales nos conduce sobre el estado mental y moral de nuestros venerados antepasados. Es una serie de guerras, de matanzas, de crímenes de toda clase, de violencias, de atentados... La insuficiencia ancestral no cesa de producir su acción, doblada hoy por los perfeccionamientos que subrayan y aumentan su horror. Es porque desde los tiempos primitivos se inventó la propiedad, fuente nueva de crímenes; es porque se ha imaginado sancionar la violencia con el aparato de una «legislación»; es porque en lugar de las supersticiones cándidas, pero relativamente inofensivas, se han instituído «religiones», mil veces peores y aún más bestiales. Es porque, en una palabra, se ha sobrepuesto la hipocresía a la violencia, pero sin crear realmente ninguna moralidad superior, ningún sentimiento de la dignidad humana.

Y lo que digo se aplica a todo lo que sabemos de esto que llamamos Historia, a todas las épocas como a todas las naciones, a la Grecia como al Egipto, a Roma como al Asia, a la historia de Francia, a la historia de Inglaterra, a la historia del mundo entero, a la Edad Media como a Napoleón pasando por la Revolución francesa...

A. LAISANT

(De *La barbarie moderne*, pág. V a VIII y 9, año 1913).

⁂

Una religión más vulgar, la de la patria, ha venido, desde hace un siglo sobre todo, a sustituir a la vieja fe, cayendo poco a poco en desuso. Se nos censura a los anarquistas porque atacamos a las dos instituciones; pero, antes de ir más lejos, es preciso que nos entendamos.

Desde luego, es evidente que nada hay tan absurdo como aborrecer a un hombre porque ha nacido en la orilla derecha del río tal, en vez de haber nacido en la orilla izquierda Pretender que su corazón se dilate en Bayona y se le encoja en San Sebastián, es el colmo del absurdo, y se pregunta uno cómo es posible que semejante locura pueda encontrar todavía adeptos. La naturaleza humana, no menos que la lógica, protesta contra tan bárbaro razonamiento Si un individuo cae en el Sena, los valerosos ciudadanos que arriesguen su vida por salvar la de aquel desgraciado, no preguntarán antes si se trata de un *súbdito* francés o alemán: no verán en él mas que un *hombre*.

Genoveses y venecianos pertenecen hoy a la misma patria; no ocurría así en la Edad Media: En nombre de la patria se peleaban los Doria y los Dándolo, y en nombre de la misma abstracción morían los genoveses el año 1866 en Custozza por arrancar Venecia del yugo austriaco.

¡Y esos habitantes de Tiflis y de Khiva, enemigos en otro tiempo de Rusia y que hoy combaten por ella! ¿Todo esto no prueba que la idea de la patria, muy menguada al nacer y aún hoy muy estrecha, se dilatará, fundiéndose finalmente con la idea de la humanidad?... (pág. 36).

Hay dos modos de negar la patria: uno, bárbaro, irrealizable además, que sería querer el despedazamiento de un país unificado por la lengua y por un conjunto de costumbres. Esto sería el regreso al provincialismo, a la Edad Media. El otro, noble, generoso, justo además, porque esta conforme con el movimiento de las cosas, que es preconizar la federación de los pueblos libres, constituyendo una patria única, sin rival.

El principal, si no el único obstáculo para la federación de los pueblos, es la existencia de gobiernos aún republicanos... ¿Se cree que podrá establecerse una república universal mientras existan los prejuicios de patria y gobiernos rivales en Washington, París, Londres, Berlín, Viena, San Petersburgo, Roma y Méjico?... Ciertamente no, y la unidad humana hacia la cual marchamos indiscutiblemente, no se establecerá más que por la supresión de las fronteras y de los gobiernos...

¿Es lógico amontonar odio contra los desconocidos, oprimidos y explotados también, de detrás de las fronteras? ¡Gloria a Rotschild! ¡Paso a Gallifet! Y al pobre Juan del Pueblo, alemán o italiano, latigazos para que camine. Esta es la lección que los gobiernos enseñan a los gobernados... (p. 38-39).

Si hay un estado absolutamente opuesto a la anarquía—desenvolvimiento libre y pacífico de los individuos—es el estado de guerra, resto del salvajismo de las edades prehistóricas... (p. 101).

A despecho de las reformas, la tropa constituye en manos de la casta gubernamental un arma dirigida especialmente contra el pueblo. Excelente para fusilar a los huelguistas y meter en cintura a los obreros descontentos, no puede apenas defender el territorio—la historia lo demuestra—sin la cooperación de este mismo pueblo.

El espíritu del ejército, su funcionamiento, su razón de ser en tiempos de guerra, es la marcha siempre hacia adelante, la invasión del territorio enemigo, el terror impuesto por medio de los refuerzos de grandes reclutamientos, de ejecuciones sumarísimas, de estados de sitio, de contribuciones...

El ejército, tal como hoy existe, es una máquina opresiva y costosa para el pueblo, poco útil para la defensa y por la cual, frecuentemente, se perpetran verdaderas atrocidades en nombre de la disciplina y del interés general. Es una rueda que ha de suprimirse. Pero ¿se infiere de esto que una sociedad absolutamente libre e igualitaria debe quedarse sin medios de defensa contra las naciones despóticas o bárbaras que la rodean?

Evidentemente, no. De este modo, esperando la época armónica en que la guerra no representará más que un odioso recuerdo del pasado, se puede concebir el armamento general del pueblo como una solución, si no perfecta, al menos preferible al sostenimiento de ejércitos permanentes... (p. 104 106).

Por otra parte —y esto debe ser un enérgico estimulante para los propagandistas del socialismo internacional— no cabe duda que, cuando los gobiernos hayan desaparecido, aniquilados por la cólera de las masas y se hayan destruído las fronteras, desaparecerá entre los seres humanos todo motivo para la guerra. (p. 113).

CARLOS MALATO

*Filosofía del Anarquismo*, edición española.

⁂

Hemos presenciado una rebelión de trabajadores contra la detención de la riqueza, contra sus patronos. Las peripecias de los disturbios han enseñado que los viñateros eran conscientes de sus actos...

La función del Estado se ha mostrado netamente: consiste en proteger a los privilegiados contra las reivindicaciones de los pobres y de los trabajadores. Esto no se aprende en las escuelas elementales, pero se ve en todos los conflictos de clase. Los viñateros se han dado cuenta de para que sirven el ejército, la policía y la prensa, es decir, para defender a los capitalistas, sea con la fuerza o con las mentiras y las informaciones tendenciosas...

Por otra parte, jueces y gendarmes están siempre del lado del más fuerte. Con la *lección de antipatriotismo que ha dado el mismísimo ejército*, los viñateros han aprendido a conocer los espías de la policía y de la prensa...

Se acabará por comprender que los verdaderos enemigos de los trabajadores son los patronos y que la única solución a sus sufrimientos está en la expropiación capitalista... .

MARCOS PIERROT

*Los disturbios de la Champaña*, correspondencia en *Il Pensiero*, de Roma, abril de 1911.

⁂

¿De qué derecho se nos habla? ¿Del Derecho nacional, del Derecho eterno o bien del Derecho humano? ¿Tenemos necesidad de toda esta fraseología? ¿La clase obrera, al luchar por su emancipación, acaso no ejerce su derecho, su derecho de proletariado?... (pág. 12).

A medida que la política de nuestras principales potencias militares y navales tiene por objeto colonizar las vastas regiones de Asia, Africa, América y Australia con propósito de abrir nuevos mercados a los grandes capitalistas... (p. 15).

De ahí surgirán conflictos internacionales, sea bajo la forma de «guerras comerciales» o «guerras coloniales»... (p. 17).

Al comenzar a enriquecerse la burguesía se evidenció que era inútil esperar de ella sentimientos de amor y piedad en favor de la clase obrera... (p. 25).

Los movimientos revolucionarios del siglo XIX nos han traído la tiranía ejercida sobre los pueblos por una turba de banqueros cosmopolitas, sin asomos de piedad ni dotados de otros sentimientos humanos que el de un egoísmo grosero y concupiscente... (p. 26).

La democratización del gobierno no podrá salvarnos de la próxima revolución... (p. 27).

Los socialistas demócratas nos han presentado doctrinas que deben ser consideradas todas ellas, más o menos, como una continuación de la escuela burguesa... (p. 31).

Está convenido por la lógica que es absolutamente indiferente que los gobiernos se titulen liberales, clericales, radicales o socialistas demócratas... (página 131).

Las masas tampoco llegarán a verse libres sino combaten la libertad de los que les impiden libertarse del yugo capitalista. Porque la libertad es como el reino de los cielos según San Mateo: se logra por la violencia y son los violentos quienes la logran... (p. 182).

No con derechos políticos u otros conquistaremos el mundo... nunca poseeremos otros derechos que los que realmente sostendremos por la fuerza... (página 246).

La cuestión del pan diario coloca todas las demás en segundo término... (página 253).

CRISTIAN CORNELISSEN

De *En marcha hacia la sociedad futura*, edición española.

⁂

Orden del día del Congreso Anarquista de Amsterdam, agosto 1907, firmada por Cornelissen junto con los delegados Nieuwenhuis, Marmande, Malatesta, Thonar y Ramus:

«Queriendo los anarquistas la liberación integral de la humanidad y la libertad completa del individuo, son naturalmente enemigos declarados de toda especie de fuerza armada del Estado..

»Aconsejan a los compañeros, según las circunstancias y el propio temperamento... la rebelión individual... y la huelga para la destrucción radical de los instrumentos de dominación. Expresan la esperanza de que todos los pueblos interesados responderán a toda declaración de guerra con la insurrección... y piensan que los anarquistas darán el ejemplo.»

⁂

Me limitaré a indicar brevemente el carácter que descamos tenga la revolución, para evitar que recaiga en los errores del pasado.

Este carácter debe ser ante todo negativo, destructivo. No se trata de mejorar ciertas instituciones del presente para adoptarlas a una sociedad nueva, sino de suprimirlas. Supresión radical del gobierno, del ejército, de los tribunales, de la iglesia, de la banca y de todo lo que se les relacione. Al mismo tiempo la revolución tiene un lado positivo: la toma de posesión, por parte de los trabajadores, de los instrumentos del trabajo y de todo el capital.

JAMES GUILLAUME

De *Ideas sobre la organización social*, 1909, estudio publicado en *Il Pensiero*, de Roma.

⁂

Ante el renacimiento del patriotismo que nos invade, ante la pasividad popular que acepta resignadamente un aumento de cargas: prolongación del servicio militar y los impuestos derivados ..

... ante semejante retroceso podríamos preguntarnos si no gastamos esfuerzos estériles al procurar demostrar la imbecilidad de las guerras y los males del militarismo.

Pero como no proclamamos verdades de circunstancias, no tenemos porque tener en cuenta la imbecilidad ambiente; las verdades que proclamamos lo mismo son verdades para hoy que para mañana; la historia nos enseña que los pueblos tienen períodos de embrutecimiento, dispuestos a dejarse dominar por el látigo del domador; pero cuando desaparecen las causas de esta debilidad, las verdades que fueron desconocidas y escarnecidas y perseguidas vuelven a adquirir toda su vitalidad y acaban por ser comprendidas por los mismos que la vispera parecían alejados de ellas.

Que la reacción triunfe en este momento, es desconsolador, pero poco importa. La guerra es infame, el militarismo es una institución de ruina, de embrutecimiento y de rebajamiento del carácter. Esto son verdades que quedan y que resplandecerán mañana, a pesar de los odios, a pesar de las persecuciones y a pesar de la imbecilidad que nos invade...

Para defender un país no es necesario embrutecerle con el militarismo.. pero no se hace impunemente la guerra sin pervertirse...

Destruir el espíritu guerrero y militar en la mente de los individuos, reclamar la abolición de los ejércitos y que cesen las matanzas internacionales, todo esto pareció muy bien; pero cuando los revolucionarios hablaron de provocar la huelga general para impedir la movilización si los gobiernos persistían en lanzar el país en aventuras criminales, esto chocó a mucha gente.

Sería—decían—hacer el juego del enemigo; sería colocarse de buen grado bajo los pies del vencedor, plegarse a sus exigencias y a su dominio.

Y puesto que el enemigo, el enemigo legendario, es el alemán, toda esta gente a quienes espanta la huelga general dicen que, en tanto que franceses, tenemos libertades que los alemanes no conocen, y que hay que defender estas libertades, porque la victoria del autoritarismo alemán sería el triunfo, por durante siglos, del espíritu de autoridad y de explotación.

Y este raciocinio hace mella en muchos individuos. Y sin embargo, no es verdad sino aparentemente.

Admitiendo que la negativa de una nación a hacer la guerra tuviera por consecuencia verse invadida, podemos preguntar, como el asno de la fábula, a los que tal cosa predicen, si el enemigo nos pondría doble albarda y doble carga cuando ya nuestros amos actuales han traspasado la medida.

Pero esto sería considerado como una salida de tono y no como una respuesta.

Y sin embargo, los amos no se han atrevido nunca sino a aquello que los pueblos han sido bastante serviles para aguantarlo, y lo que es verdad para dicho de los amos nacionales, es todavía más aplicable a los amos que podría traernos el invasor. Caros X supo algo de esto.

Un amo hereditario o electivo, salido de la nación, tiene partidarios, tradiciones, representa grupos de intereres que tienen hondas raíces; pero un amo venido de fuera no es otra cosa que un dueño en el poder al que todo el mundo desea expulsarle.

Y si Guillermo, o su sucesor, quisiera emplear en Francia los medios de gobierno que ha empleado en Alsacia, lo mejor que podría hacer sería largarse cuanto antes, admitiendo que la negativa a batirnos pueda llevarnos la invasión. Lo que es posible contra unos cuantos millares de hombres que hablan la lengua del vencedor, es del todo imposible contra una nación de cuarenta millones de habitantes...

... sería idiota ir a batirse pretextando que preferimos ser explotados por compatriotas antes que por alemanes. Y cuando se nos dice que Francia es un país de libertad, observemos primero que es lo que poseemos y veremos enseguida que todo esto son declamaciones que tienen tan poco valor como las de los patriotas que nos hablan de defender el hogar...

... cuando se reconoce que una cosa es absurda no se toma parte en ella, so pena de ser idiotas y absurdos. Si la guerra es idiota antes de ser declarada, lo es igualmente después. Y si no queremos tomar parte en ella cuando es una amenaza, ¿seríamos más lógicos tomando parte en ella cuando nuestros amos la hayan hecho inevitable?...

Ahora bien, como para expresar nuestra voluntad no tenemos otro recurso que negarnos a lo que se quiere imponernos, la huelga general es, pues, lo más indicado...

JUAN GRAVE

De *La Guerra y el militarismo*, en el Suplemento de *Les Temps Nouveaux*, París, septiembre 1913.

⁂

Nosotros hemos sido, somos aun discípulos de estos teóricos del anarquismo. De ellos aprendimos a pensar y a sentir, con ellos hemos combatido el mal y amado el bien. Pero como discípulo no quiere decir vasallaje intelectual, en estos momentos disentimos de los maestros. Con pena lo decimos, pero es así. De ellos aprendimos también a raciocinar por cuenta propia. Nuestras razones hemos expuesto. Las de ellos también sobre el punto que nos separa. El porvenir dirá quienes tuvieron razón.

No queremos caer en la vulgaridad de contarnos. El número nada dice. Un hombre puede tener razón contra todo el mundo. Una minoría puede también equivocarse. Tampoco caeremos en el apasionamiento de llamarles traidores. Si fuesen diputados, ministros o abogados de grandes compañías, dudaríamos de su honradez intelectual; pero como conocemos toda su vida de abnegación y de sacrificio, no creemos que la contradicción en que actualmente incurren, a nuestro modo de ver, sea otra cosa que una lamentable equivocación del momento susceptible de rectificación futura.

Tenemos muy en cuenta que estos compañeros viven en países que están en guerra. Les envuelve una atmósfera de odios patrióticos, de ancestrales rencores de razas y de equivocos intereses nacionalistas. Viven en medio de una fiebre guerrera, de una exacerbación de pasiones desencadenadas, y se necesita una fuerza moral más que sobrehumana, para no dejarse influir por el medio. Atribuimos su actual actitud a esta influencia.

Si hemos sido vehementes en la exposición de nuestras razones contrarias a las suyas, si en este mismo instante en que evidenciamos lo que a nosotros nos parece contradicción, alguien pudiere suponer o sospechar que nos mueve una animosidad contra ellos, se equivocaría grandemente. Batallamos por ideales. Hemos creído que podían quedar supeditados a erróneas consideraciones de circunstancias y hemos puesto todo nuestro empeño en la lid para que no naufragaran en el torbellino de odios y de apasionamientos inevitables en casos parecidos. Si lo hemos o no conseguido, no corresponde a nosotros decirlo. Hombres somos también que podemos equivocarnos.

El socialismo en general atraviesa un periodo de prueba. Los factores político-económicos que han desatado esta gigantesca convulsión social, han tomado carta de prioridad impidiéndole exteriorizarse con toda aquella pujanza de dicción y de acción capaz de imprimir rumbo fijo a futuros acontecimientos. No queremos decir que haya quedado anulado. Creemos firmemente que pasado el conflicto volverá a su anterior poderío y que todos los hombres de buena voluntad pondrán empeño en que así sea. Nuestra campaña ha sido, sencillamente, un llamamiento en este sentido.

*TRABAJADORES: Leed y propagad* **SOLIDARIDAD OBRERA,** *único periódico sindicalista que se publica diariamente para la defensa de los trabajadores.*



## LA ESCUELA

Escuela